

Eran las dos de la tarde. La casa mortuoria estaba henchida de multitud de amigos, y los alrededores de innumerable muchedumbre ébria de indignacion y de cólera. Levantábase el fúnebre hogar en Neuilly, barrio aristocrático, ya de las afueras, cercano al campo, apartado del centro de París. Por eso la lucha entre los que anhelaban la revolucion y los que anhelaban la paz se empeñó en supremo punto; en si el cuerpo habia de ir al cementerio del padre Lachaise, atravesando toda la ciudad, ó habia de quedar en el cementerio de Neuilly. Si quedaba en Neuilly, á pesar de la inmensa concurrencia, todo se reducía á una ceremonia tierna, sencilla, á un entierro triste, llorado; pero sin ninguna trascendental consecuencia. Mas si cogian el cadáver en hombros; si lo mostraban á París delirante; si salian, seguidos de trescientos mil ciudadanos; si iban por la interminable avenida del grande ejército, por las alamedas de los Campos Eliseos, por la Plaza de la Concordia, por la calle de la Paz, por la inmensa espina dorsal de París, que forman los boulevares, hasta acercarse á los barrios trabajadores, donde el gran cementerio se levanta, recogiendo en su inmenso curso los numerosos afluentes de ardientes multitudes, era seguro que la cólera engendraba la revolucion, y la revolucion prendia el fuego del entusiasmo á París, y París á Francia, y Francia á Europa, y Europa al mundo, pudiendo ser aquel frio cadáver como el germen de la redencion universal. De esta suerte soñaban los utopistas.

Dos corrientes habia, pues, en aquella muchedumbre: una que trataba de dirigir el cadáver á París, otra que trataba de dejar el cadáver en Neuilly. Y estas dos corrientes luchaban dentro de la casa, al pié de la mortaja del difunto. Todo esto le quitaba solemnidad á la muerte y grandeza al entierro. El pobre jóven habia sido olvidado, y sus despojos pasaban á convertirse en trapos de desgarrada bandera, en señales de revolucion y

de combate. Todo dependia de Rochefort. Escritor aplaudido, periodista excitado, diputado intransigente, autor de artículos que eran verdaderas proclamas y de llamamientos á la fuerza que eran verdaderos desafíos, una señal cuya bastaba para que todo ardiera. Cuantos le habian oido decir á sus electores en las reuniones públicas que él no era un diputado para la Asamblea sino un diputado para las calles; que su verdadera tribuna estaba en las barricadas, tenian derecho á esperar un rasgo de heroica resolucion para ponerse á su frente é ir al tantas veces anunciado combate.

A la hora convenida, Rochefort entra pálido como la muerte, nervioso como la sensitiva, con las señales del insomnio en las ojeras moradas, descompuesto el semblante, fatigado de alma y cuerpo, presa de emociones terribles, que no podia vencer ni dominar á su arbitrio. ¡Cuánto hubiera dado por volver en aquel dia tremendo á su antigua oscuridad, á sus fiestas del Figaro, á sus tertulias literarias, á sus comedias graciosas, á sus trabajos modestos, á sus amigos del alma, en vez de hallarse allí entre los remolinos de las olas y de los vientos, con las chispas de la revolucion sacudiéndole á latigazos todos los músculos, con el peso abrumador de su responsabilidad sobre la conciencia, con el abismo de la muerte á sus plantas, con el naufragio de trescientas mil personas ahogadas en mares de sangre: ante su encendida vista. Al entrar en la habitacion mortuoria, dejándose caer sobre un sillón y sacudiendo el sudor frio que bañaba su frente, dijo con voz de moribundo y con mirada de angustia y de agonía, «Tengo sed y dadme agua.» «Tomad rom» le replicó un inglés que estaba á su lado. «No lo tomo nunca», respondió Rochefort. «El que siendo jefe de un partido desfallece en estas circunstancias, debe tomar rom», replicó brutalmente el inglés, indicándole bien á las claras que estaba muy por bajo de su deber y de su ministerio.

En esto entra uno de los mayores demagogos de París, uno de los antiguos amigos de

Rochefort; uno de aquellos que más habian difundido su candidatura, que más habian gritado contra los moderados del partido, que más voluntades habia reunido en torno del intransigente, y le conjura con furia para que se decida con ánimo y dirija el cadáver á París con precipitacion. Rochefort comenzaba ya á entender, aunque tarde, una cosa bien natural y sencilla; que habia mucho oropel, mucho similar en el resplandeciente metal de las exageraciones demagógicas. Y volviéndose hácia el recién venido, le dijo agriamente que no tenia derecho á dirigirle ninguna pregunta y mucho ménos á imponerle ningun género de proceder y de conducta. El demagogo entabló con él airada discusion, cual si en las reuniones públicas se encontrara. Le dijo que, representante del pueblo, debia guiar al pueblo; que, depositario de toda influencia, debia ejercerla segun sus promesas y en pró de la revolucion; que, si vacilaba, no habria lucha, pero sí una division profunda dentro del partido republicano, cuya responsabilidad caeria toda entera sobre aquel que fuera bastante cobarde para huir ante el trance supremo ó bastante traidor para olvidar imperiosos mandatos y públicas obligaciones. Y calándose su sombrero de fieltro, y dirigiendo una mirada menospreciativa á su antiguo amigo, bajó la escalera fúnebre de prisa, atravesó la puerta con violencia, y se perdió en la muchedumbre para encenderla y sublevarla.

El tiempo corria, la tarde avanzaba, las divisiones de los ánimos se recrudecian, las controversias tomaban aspecto de disputas, y las disputas á su vez aspecto de batalla. La multitud, apostada á la puerta, se removia, se impacientaba, mugia como el huracan, y demandada una resolucion. La pobre familia del muerto no habia podido entregarse al silencio, á la solemnidad, al recogimiento del dolor que sólo sabe alimentarse del dolor mismo. Ideas extrañas, peripecias trágicas, supersticiones políticas, habian hecho de aquel cuerpo como la petrificacion del oleaje revo-

lucionario, como el símbolo de las batallas, como un ídolo ó una momia. Luis Noir se llevó á Rochefort al taller de un pintor vecino donde se disputaba sobre si el cuerpo de Víctor habia de ir á París, ó habia de quedar en Neuilly, es decir, habia de promover una revolucion política, ó habia de ser enterrado con una simple ceremonia dolorosa. El estóico Delescluze, el intransigente de todos los tiempos, el exaltado de todas las ocasiones, el severo mártir de su fanatismo, el enemigo de toda transaccion, el rebelde á toda conveniencia, el acerbo crítico de los jefes de la democracia, el apasionadísimo amante del pueblo, aleccionado por su claro entendimiento y por su larga experiencia, se inclinaba á mantener la paz, mientras su interlocutor Courmet, de sangre hirviente, de temperamento bilioso, de génio furiosísimo, de ideas exageradas, revolucionario á la antigua, ó mejor dicho, bullanguero perpétuo, conjuraba á todos para que llevasen el cadáver á París en hombros de la plebe, rodeado por una inmensa muchedumbre, la cual, como sus gritos decian elocuentemente, estaba decidida al sacrificio en una heroica batalla. Delescluze observaba con claro sentido, con profundísima verdad, que, en el corazon de París, en sus calles, aun podia arriesgarse la peligrosísima aventura; más allí, en pleno campo, en el espeso bosque, debiendo atravesar las verjas de Neuilly, las fortificaciones de París, las avenidas del grande ejército y de los Campos Eliseos, el ataque era imposible, la derrota segura, la carnicería inevitable, volviendo el Imperio á robustecerse y á engordar con la sangre de los republicanos, próximos á ser inmolados por millares en aquel cruento é inútil sacrificio.

Se decidió, pues, el arengar á la muchedumbre y disuadirla del viaje á París. Rochefort comenzó. Desde un cuarto segundo, asomado á un balcon, pronunció discurso vulgar, de esos que nada realmente dejan en el ánimo. Dijo, que comprendia cuán difícil

era conservar la moderación y la calma, y cuán necesario mostrar al pueblo de París, en el querido cadáver, los crímenes del Imperio. Pero encareció las numerosas dificultades, los insuperables obstáculos, las fuerzas del Gobierno, la estrategia convenida, la resolución irrevocable de aplastar al pueblo, su inmenso y certero armamento aperebido ya y resuelto á cebarse en el corazón de una muchedumbre ardiente, entusiasmadísima, pero inerte; resultando de aquí el ir todos á una muerte segura, y á lo que era peor, á la muerte también de la República. Rochefort aseguraba, que desde el asesinato último, ningún patriota podía estar tranquilo en París, por lo cual se presentaba él en todas partes, armado hasta los dientes. La venganza sería más segura, cuanto más meditada; la ocasión más propicia, cuanto ménos se preparara el Gobierno; á la violencia se opondría hoy la justicia; y mañana sucedería sin falta la ruina del tirano, ruina que la manifestación de las calles podría retardar, y que el valor y la prudencia podrían bien pronto conseguir.

Delescluze apareció en seguida. Su aspecto era más severo, su voz más clara, su vida más respetable, su intransigencia más sincera. Desde luego hería la imaginación de las muchedumbres su delgadez cenobítica, lo amarillo de su rostro, lo encendido de sus ojos, lo persuasivo de su acento. Poco decidido él mismo á la resignación, lejos de traer la calma con sus palabras conciliadoras, exaltó más y más los ánimos. Luis Noir usaba verdaderamente los medios propios de llegar hasta el corazón del pueblo y de corresponder á lo supremo de las circunstancias. Gemía, lloraba, suplicaba, poco ménos que de rodillas; su elocuencia era la verdadera, la elocuencia del corazón. Delescluze y Rochefort le apoyaban con algunas reflexiones políticas. Pero el pueblo permanecía en su convicción de ir á París, y ahogaba toda voz que le aconsejase lo contrario, deseoso de aprovechar aquella coyuntura y de entrar

resueltamente en la acción revolucionaria.

Estaba allí para sostenerlo en su empeño el héroe de las revoluciones en aquel tiempo; el sublime y desgraciado Flourens. La sangre le hervía en las venas; la idea le estaba en el cerebro. Su convicción era sincera, aunque insensata; sus resoluciones heroicas, aunque dementes. Ya el día once por la noche, había anunciado que el doce sería la batalla suprema con el Imperio. Por la mañana cogió su carabina y se lanzó á la calle. La *Marsellesa* traía ya en aquella mañana una ardiente nota suya conjurando al ejército á no hacer armas contra el pueblo. Visiones apocalípticas de un tremendo castigo á los tiranos, inflamaban sus ojos; leyendas revolucionarias, su corazón. Cuando los dos ciudadanos Rochefort y Delescluze, hablaban, llega él sin aliento, sin voz; desnuda la cabeza, rasgadas las vestiduras, demudado el semblante, gritando: «al combate, á las armas, quiero combatir, si Rochefort aconseja la paz, Rochefort es un traidor.» Y sus ojos de fuego relampagueaban siniestramente en su rostro de la blancura del mármol, como lámpara en panteón.

Por fin triunfó el mejor acuerdo. El cortejo fúnebre se movió hácia el cementerio de Neuilly. Bajó el ataúd en hombros de algunos trabajadores, y circuido de espesa muralla de amigos. La multitud se irritó, rompió el muro de corazones entusiastas y devotos á la amistad, entró en el círculo, y tendió las manos á los sagrados despojos. Los amigos particulares de la familia y del difunto, defendieron el cadáver de aquella profanación. Hubo un momento en que sonaron imprecaciones violentísimas, en que lucieron las armas ya desnudas, en que se vió empeñada una batalla sangrienta y próximo un desenlace terrible. Por fin hubo algunos, ó más resueltos, ó más afortunados, que cogieron el ataúd, lo alzaron con ímpetu, lo depusieron sobre el carro fúnebre, y azotando los caballos, arrastraron en pós-

de sí la inmensa multitud al cementerio de Neuilly. La prudencia había vencido á la cólera.

Pero en el camino sucedió particularísimo incidente, para que todo fuese extraño en este dramático suceso. La multitud es siempre apasionada. Cambia de objetos y no cambia de culto. Y en su culto laten siempre exaltación profunda y arraigadas supersticiones. Todas aquellas gentes querían ver, tocar al compañero del muerto, á su amigo; al que había salido ileso de manos del asesino; al que llevaba en sus vestiduras señales de las balas; á Ulrico Fonvielle. Algunos hasta se acercaban para rasgarle el gaban y guardar sus retazos como reliquia. Asaltado por tantas gentes, enfermo de dolor, oprimido por las demostraciones, transido de frío y pena, Ulrico se resbala y cae con la palidez de la muerte en el semblante. Rochefort le cree aplastado, asfixiado; y se desmaya. Las gentes que rodean á Rochefort le cojen, le llevan inerte como un cadáver á mercería vecina. Allí, á pesar de los numerosos cuidados, de las recetas de un médico, de las atenciones generales, el jefe del pueblo no volvía en sí, no recobraba sus sentidos. Por fin, después de mucho tiempo, se despierta, se rehace, alarga los brazos con desesperación, mira á todas partes con horror, llora, solloza, y dice que si no viene la muerte, quiere apelar al suicidio. En efecto, ha visto y ha tocado, que después de tantas declamaciones contra los prudentes y los sensatos; después de tantas injurias, escupidas á su rostro, y de tantas calumnias, escupidas á su fama; después de haberlos desautorizado y despolarizado en nombre de una idea más progresiva y de una conducta más resuelta; cuando los horizontes se oscurecen, cuando los mares se encrespan, cuando sobrevienen las supremas crisis y los supremos conflictos; no hay más remedio que atenerse á las tristezas de la realidad y hablar el comedido lenguaje de la prudencia. Cuán pronto se ex-

pian todas las faltas, cuán cercano está siempre el castigo de la culpa. El hombre de los discursos feroces, de las proclamas ardientes, de la intransigencia extrema; á la hora de un combate, á la hora de una resolución, aparecía traidor á los suyos, y á la opinión general débil é incierto; pues prometiera heroicidades como un conjurado catilinario en las sombras de los clubs, para desmayarse como una débil mujer á la hora suprema del conflicto.

No terminaba la tragedia todavía. El entierro careció ya de interés, ausente en la tienda de ultramarinos Rochefort, la cabeza del duelo; y resuelto el carácter pacífico y sensato de la manifestación. Algunos escritores, algunos estudiantes dijeron palabras de tierna despedida y de rencorosa venganza al dejar para siempre aquellos restos mortales en el seno de la madre tierra. Mas como la muchedumbre era tanta, no pudo parte considerable de ella entrar en el cementerio. Y estaba inquieta á la puerta, cuando aparece el coche que conducía á Rochefort, ya repuesto de su desmayo. Un grito se escapa de todos los pechos, un coro monstruoso, se forma con todas las voces; las estrofas de la *Marsellesa* resuenan con el eco tempestuoso de los grandes días de crisis violenta y los brazos se levantan al cielo como tomándolo por testigo de un solemne y supremo juramento. Caía la noche; el cielo tomaba la melancólica belleza del crepúsculo; resplandecía el ocaso con reflejos encendidos, sangrientos; y por la avenida de Neuilly rodaba como un río fuera de su cauce, aquella multitud exaltada, febril, tonante, poseída del delirio de una idea y entonando el himno de la Revolución. La inmensa masa parecía la ardiente y humeante lava que se escapa del seno de un volcán y que lo arrolla y lo destruye todo con su incontrastable ímpetu en su tormentoso camino. La iluminación de la tarde era tan siniestra; las sombras que venían á más andar tan misteriosas; el coro tan fragoroso y sublime; los ánimos tan febriles, que un glo-

billo de color de rosa lanzado á los aires por la mano de juguete niño que se divertía en medio de la tempestad, pareció á todos el encendido purpúreo pendon de la sangrienta demagogia.

Eran más de cien mil los que corrian por aquellas grandes avenidas, donde se levanta el gigantesco Arco de la Estrella, y á cuyo último término se ve la Plaza de la Concordia y el Jardín y el Palacio de las Tullerías. Pues toda aquella inmensidad, toda aquella larga carrera, estaba inundada, como por un río de humanas cabezas. Al llegar á la mitad de los Campos Eliseos, suenan los tambores, y tras de los tambores una intimación de las gentes en armas por allí tendidas. Rochefort salta de su coche y se dirige á un coronel de cazadores que estaba allí, á su lado, con la espada desnuda, y le dice que quiere pasar al

Cuerpo Legislativo. El militar le contesta que es imposible y que tiene la resolución de cargar sobre aquella multitud. «¿Sabeis, le dijo el escritor, que soy diputado del Cuerpo Legislativo?» «Sí, le respondió el soldado, y por eso pienso cejar con V. el primero.» Entonces Rochefort se vuelve, y un segundo redoble de tambor suena, y una nueva intimación á la cual sigue general grito de sálvese quien pueda. Unos corren, otros caen, estos se dan contra las paredes, aquellos se entran en los zaguanes y suben por las escaleras; tropiezan grupos con grupos; derrúmbanse los mémos ligeros, se remojan algunos en los pilones de las fuentes, hasta que todos se dispersan y la inmensa nube de cóleras se desvanece. El día fué terrible. Víctor Noir había sido enterrado en paz, pero Rochefort había muerto.

## CAPITULO XXII.

### LOS DOS PROCESOS.

El día once de Enero apareció en el periódico de Rochefort el siguiente escrito, al dar cuenta del terrible suceso de Auteuill:

«He tenido la debilidad de imaginar que un Bonaparte podía ser cosa distinta de un asesino.»

«He imaginado que un duelo era posible en esta familia, en que son tradicionales el asesinato y la traición.»

«Nuestro colaborador Pascual Grousset ha compartido mi error y hoy lloramos á nuestro pobre y caro amigo Víctor Noir asesinado por el bandido Pedro Napoleon Bonaparte. Hace diez y ocho años que Francia está entre las manos ensangrentadas de esos matones, que no contentos con ametrallar republicanos en las calles, les tienden celadas inmundas para degollarlos á domicilio. ¡Pueblo francés! ¿no estás convencido de que ya hay bastante?»

Este escrito ó no era nada ó era un llamamiento á la revolución. No se lanzan semejantes injurias al rostro de un monarca reinante, sino para ir inmediatamente á las ar-

mas. Flourens aconsejaba á Rochefort una resolución suprema y le incitaba á la guerra civil. «Haberte nombrado diputado de París, decía, ha sido tanto como declarar guerra á muerte al Imperio. Te nombramos y la guerra comenzó. Nuestro pobre Víctor Noir ha caído víctima primera de esta lucha, traídonamente asesinado por Pedro Bonaparte. Hoy tenemos grandes esperanzas; no hay un soldado de la guarnición de París, que no esté con los vengadores del pobre asesinado. Si á los primeros tiros del ejército tenemos todos el valor de correr hácia adelante, llevando nuestro muerto en los brazos, el ejército fraterniza con nosotros. Vengar á Víctor Noir es vengar á Francia, redimirla del yugo más odioso; impedir la invasión extranjera que indudablemente traerá el tercer Napoleon si nosotros no sabemos salvarnos. Los tiranos de la antigua Roma pudieron atentar impunemente á todas las libertades públicas; más el día en que violaron el derecho individual de uno sólo, sucumbieron todos. Tamaños accidentes solo una vez se presentan en la